UNIVERSIDAD EAFIT®

2021

Presentamos los cuentos y dibujos ganadores del Festival de Creación Literaria para Niños y Jóvenes 2021, organizado por el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas, el Pregrado en Literatura y la Universidad de los niños de EAFIT. Estas creaciones son una muestra de la comprensión que los niños y jóvenes tienen de las transformaciones que vive el mundo, los ecosistemas naturales y la relación entre el conocimiento científico y la humanidad.

Categoría 1
Mutaciones

Primer puesto

El mimo

Elena Zapata

Ese día cuando llamaron a reportarlo, el inspector Eduardo Martínez creyó que era un tipo de broma de mal gusto. Estaba enojado, ¿por qué alguien diría eso? Sin embargo, era verdad que una persona había llamado para informarle a la policía que lo había visto robar una tienda. Fue su colega Nicolás quien respondió la llamada.

—Buenos días, ¿cuál es su emergencia? —Nicolás estaba alerta, listo para actuar. Escuchó atentamente, tomando nota de la descripción del sujeto. Cuando terminó, le dijo al que llamó que se pusiera en un lugar seguro y tuviera cuidado y que ya iban para allá. Después, miró a su compañero con una expresión burlona.

—No sabía que necesitabas joyas —le dijo a Eduardo, levantándose y cogiendo el abrigo.

—¿De qué hablas? —le respondió el inspector.

—Acaban de reportar a un hombre en sus cuarentas, alto y de pelo negro.

—Eso es muy general —dijo.

—Sí, pero al parecer no cubriste tu cara y el que llamó te

reconoció del caso del secuestro que salió en televisión hace unos meses: Eduardo Martínez robando en Swarovski, no me lo esperaba.

El inspector maldijo para sus adentros, empezó a caminar hacia el carro. Al cabo de un rato Nicolás lo miró inquieto. Llevaba muchos años trabajando con él así que leyó su expresión en un instante.

—Dime de una vez —le dijo el inspector.

—¿Crees que...? —empezó a preguntar Nicolás, pero se arrepintió.

—No lo sé, pero es lo más factible —le respondió Eduardo, ya que sabía a quién se refería.

—Pero él asesinaba, no robaba. Además, no ha hecho nada en años.

—Nada que sepamos, te recuerdo que sabe bien cómo esconderse.

—No tiene sentido. ¿Por qué volvería tan públicamente? Es casi como si...

—Se estuviera burlando. Quiere llamar mi atención.

—¿Pero por qué? No estamos ni cerca de atraparlo.

—Eso lo tendremos que averiguar. —Al ver que ya habían llegado, Eduardo miró a su compañero—. Acuérdate, ni una palabra de él, no queremos que la gente se asuste pensando que volvió el Mimo.

—Lo sé. ¿Pero sí crees que es una buena idea que vayas? A fin de cuentas, te reportaron a ti —dijo Nicolás con una expresión preocupada.

—Es cierto, ve tú y tráeme el video de las cámaras de seguridad de la tienda.

—Está bien.

Eduardo salió a tomar aire fresco y empezó a repasar los datos del caso. Hace dos años y medio hubo un asesino serial que podía cambiar de forma, le bastaba con ver a una persona para transformarse. Nadie sabía qué relación tenían las víctimas, ni los motivos para ser asesinados. Fueron un total de siete personas.

Una vez el asesino intentó borrar su información personal haciéndose pasar por un policía. Afortunadamente, el policía en cuestión volvió temprano del descanso y se lo encontró. El asesino logró escapar, pero no consiguió borrar la información del sistema. Cuando el policía fue interrogado, dijo que al mirarlo a los ojos pudo ver quién era con claridad, aunque en las cámaras de video aparecían dos personas iguales.

Lo más probable es que la única vulnerabilidad del Mimo sea que la persona en la que está transformado lo puede ver en su forma verdadera. Lo describen con el pelo café, barba desordenada y ojos "salvajes", porque sí; el policía reparó en su mirada amenazante, no en su color de ojos. Muy útil.

Pero el inspector no entendía lo que estaba pasando. ¿Por qué se haría pasar por él? ¿Por qué robaría una tienda de joyas? Sabía, por lo menos, que cuando el Mimo robó tan públicamente con su cara, quería ponerlo justo en la situación complicada en la que estaba. No podía anunciar ante los medios que esto había sido culpa del Mimo, porque eso generaría mucho miedo entre la gente, pero tampoco podía quedarse callado porque eso también generaría caos. Tal vez si fingían su arresto... Se puso la cabeza entre las manos.

Después de un rato vio a su compañero.

—¿Qué se robó? ¿Hay heridos? —dijo el inspector alcanzándolo.

—No hay heridos, se robó una tarjeta de regalo.

—No se burla solo de mí, se burla de todos nosotros.

—No exageres, sabes que te está provocando.

—No entiendo. ¿Por qué me buscaría primero? Él es un psicópata que no sigue ningún patrón. Hace que no podamos confiar en nadie —dijo Eduardo.

Cuando dijo esto miró a su compañero como si sospechase de él.

—Espero que estés de chiste, por favor —dijo Nicolás.

—Deberíamos hacer un código o algo.

—¿Qué código haríamos? ¡Vamos, Eduardo!

—Algo como... si te pregunto qué almorzaste hoy, tú me respondes que comiste caballa.

—¿El pez? —Nicolás lo miró, al ver que iba en serio, le dijo—: está bien.

Llegaron a la oficina, dispuestos a volver a buscar los archivos del Mimo y hallar un motivo de su comportamiento. Pero cuando el inspector llegó a su despacho encontró una tarjeta de regalo de Swarovski. En ella estaban escritas estas palabras:

Quiero encontrarme contigo
Cl. 104 # 65-45, INT. 302
10:00 p. m.

Esto empezaba a parecerse a una película de Hollywood. El inspector agachó la cabeza. Le mostró la nota a su compa-

ñero.

—Supongo que los genios quieren ser reconocidos —dijo el inspector—. Pero está jugando con nosotros... —Miró la tarjeta y volteó los ojos de manera graciosa.

—¡El Mimo te invitó a una cita! ¿Qué te vas a poner? —dijo apenas la vio.

—Creo que voy a ir —dijo Eduardo finalmente—. Quiere que le siga el juego y eso planeo hacer. Quiero llegar ya al final de esto.

Nicolás lo miró preocupado. Eduardo no era alguien que tomara riesgos sin pensarlos, pero esto era apresurado. No hubo manera de convencerlo. Nicolás lo intentó, le dijo que era peligroso, que el jefe no lo aprobaría, pero no pudo. No sabía qué le había pasado, en un momento, incluso, empezó a sospechar de él.

—¿Qué almorzaste hoy? —le dijo de repente.

—Por favor... —dijo Eduardo, pero al ver la cara de Nicolás, le respondió—: Almorcé caballa. Relájate, Nico, sé lo que hago. Todo es un juego para él, no tiene nada que perder.

—Por eso es que él es peligroso, tú sí tienes mucho que perder.

—Lo sé, llama a Morales, a Vargas y a Orozco. Que vengan y me esperen afuera, tengo un plan.

—¿Te molestaría mucho *decírmelo*? —dijo Nicolás, sarcásticamente.

—Confía en mí, sabes que no es seguro, tenemos a "Don Metamorfo" suelto, las paredes tienen ojos, las puertas escuchan.

***

Eran las 10:23 de la noche, Nicolás estaba esperando con sus compañeros. Se encontraban afuera de un edificio abandonado. Había decidido que si para las 10:30 Eduardo no había vuelto, entraría a buscarlo. Nicolás estaba nervioso, algo andaba mal, realmente parecía una película detectivesca de esas a las que a su hija tanto le gustaba ver. Miró su reloj, 10:25.

En ese momento Orozco levantó el arma y dijo:

—¡Allí!

Todos miraron a donde había señalado y apuntaron expectantes. Nicolás pudo divisar dos siluetas que se acercaron, ocultándose. Cuando estuvieron suficientemente cerca, se dio cuenta de que el que estaba ahí era su amigo, y a su lado estaba un hombre que lo tenía fuertemente agarrado. En ese momento pudo ver al hombre que describían como Lucas Arbeláez, igual a la foto del registro; entendió que estaba transformado en él. Miró a su compañero impresionado, ¡realmente lo había atrapado!

***

Dos meses después, el Mimo ya estaba sentenciado: pena capital. La ejecución se iba a llevar a cabo al día siguiente, así que Nicolás quiso ir a hablar con él por última vez. Ya había escuchado todo de parte de Eduardo, quien le había descrito cómo convenció al Mimo de que estaba de su bando; le dijo que fue fácil puesto que era un loco. Eduardo te-

nía una teoría, creía que se había dejado atrapar, algo como un plan de suicidio.

Nicolás se dirigió a la sala de interrogación donde estaba el criminal. Tenía la cabeza entre las manos, parecía perdido. Cuando lo miró, Nicolás vio esperanza en sus ojos.

—Ayúdame, esto es una trampa, yo no soy el Mimo. Nicolás, por favor.

—Niegas todos tus actos, afirmas una y otra vez que no eres el criminal que buscamos, pero la evidencia es aplastante.

—Vamos, tú sabes que fue demasiado fácil, no hay manera que después de tres años, un hombre atrapara al criminal más buscado. Sé que lo que sea que te digan no me vas a creer, pero moriré injustamente. –Lo miró implorando.

Nicolás se disculpó, no podía hacer nada. Entraron para llevárselo. Salió y cerró la puerta, realmente no sabía por qué lo había ido a ver. Por primera vez estaba de acuerdo con el criminal, algo andaba mal. Lo entendió muy tarde, salió corriendo detrás de ellos.

Las últimas palabras del criminal conocido como el Mimo fueron: “Hoy almorcé caballa”. Antes de ser colgado, miró al frente y sonrío. Nicolás no alcanzó ni a gritar cuando la vida dejó los ojos de Eduardo Martínez.

Segundo puesto

Una nueva semilla

Julián Alberto Vanegas Pinto

Se acercaba el invierno gélido y apabullante en la región norte de Groenlandia, hecho que irremediablemente significaba la búsqueda de una fuente de calor, con el fuego destacándose como el mejor candidato para ello.

Es así como la familia esquimal Ümmik iba en busca de la madera, escasa, por cierto, proveniente de los pocos árboles de abedul que hay en la zona, árboles madereros predilectos por los Ümmik, debido especialmente al humo que emanan al quemarlos, el cual posee, además, ciertas propiedades sagradas según la mitología esquimal, que junto a algunos cubos de hielo dispuestos y distribuidos en un patrón binario permiten, cual domador de serpientes, apaciguar el temperamento feroz, y al mismo tiempo benévolo, de los osos polares.

Comenzaba a entrar en escena el magnífico anochecer nórdico, sinónimo de deslumbrantes auroras boreales y de un cielo teñido de negro y adornado de brillantes estrellas blancas, aparentemente pequeñas cuando se ven en el oscuro firmamento, pero de un tamaño colosal cuando las apreciamos mientras damos un paseo intergaláctico que va más allá de la estratosfera. Todo este escenario espacial y astronómico le fascina a Fellain, que en todo momento busca alguna manera que le permita observar en todo su esplendor el contrastado cielo nocturno, por lo que, a falta de un telescopio espacial, se las ingenia con un bloque de hielo escurridizo, de tal forma que al fijar la vista en él

y esperar un par de segundos, se da un fenómeno óptico que le da la posibilidad de contemplar los cuerpos celestes con una magnitud casi cuarenta veces mayor de lo que sería capaz el ojo humano por sí solo, gracias al reflejo de la bóveda celeste que se proyecta en el permafrost helado. Con este truco, Fellain divisa los cráteres de la Luna sin mayor problema, incluso llega a distinguir los rocosos anillos de Urano, saciándole este último avistamiento el hambre diaria de asombro.

Quizás esta fascinación de Fellain por el cosmos provenga desde su nacimiento, casi nueve años atrás, día que se vio enmarcado no solo por el génesis del joven Ümmik, sino también por la portentosa lluvia de estrellas que ocurrió aquel 15 de mayo, cuando cayeron numerosas perseidas, tantas como las gotas de agua en precipitación en el Pacífico. Desde el día cero le auguraba un futuro estelar.

Después de 20 minutos contemplando las estrellas, Fellain bajó su cabeza para ojear el suelo, pues el hecho de tener la cabeza levantada a 180 grados durante un largo lapso de tiempo le provocaba un ligero dolor de cuello, que, sin embargo, consideraba un precio justo por acceder a semejante majestuosidad. Al darle un vistazo al suelo azul platinado, se encontró inesperadamente con una semilla de abedul, aquella vaina alargada que, una vez sembrada en terreno fértil —y si la agreste meteorología polar lo permitía—, no hacía más sino crecer y crecer hasta convertirse en un inexpugnable y frondoso árbol. Una vez con la semilla entre las palmas de las manos, Fellain volvió la mirada al cielo y, al hallar la extendida estela de un cometa en movimiento, tomó su semilla, ahora resignificaba en amuleto de la fortuna, y la encajó de forma geométricamente perfecta en el aire con la cola luminosa del cometa.

Ciertamente, el padre de Fellain, el consabido Magma, estratega y líder tribal esquimal, encontraba un miklew —palabra aborigen Ümmik, que se refiere a una cantidad inconmensurable, de dimensiones similares a copos de nieve en una tormenta nevada groenlandesa— de formas más óptimas en las que darle uso a esa semilla: cultivándola para que de ella naciera un imponente abedul, para después poner a arder su madera y, a la postre, para generar calor necesario en la supervivencia colectiva, por mencionar solo un ejemplo de uso. No obstante, Magma no le arrebató el objeto de la suerte a su promisorio hijo, pues, aunque definitivamente le sería de gran utilidad para llevar a cabo sus tareas de carácter forestal, se avecinaba la conmemoración del natalicio de Fellain, y este artículo sería un regalo de cumpleaños ideal para aquella fecha. Con una cena compartida en medio de la acogedora ventisca hiperbórea, seguida por un rezo a la Dihyam —la deificada osa polar que protege al agua, el hielo y al hombre desde lo alto de la luna—, Fellain finalizó su día satisfecho por tener el honor de presenciar las maravillas de la tierra, confundido quizás por no comprender muy bien lo que ocurría allá afuera, pero siendo consciente de que esa confusión le permitía tener la sensación de que todavía quedaban bastas cosas por descubrir en el orbe en el que vivía. Cerró los ojos —lo último que alcanzó a ver fue el titileo de una de las estrellas céntricas perteneciente a la constelación de la Osa Mayor—, sonrío por la coincidencia y se durmió. Eso sería uno de los últimos rastros de luz que vería en el acontecer de su vida.

A la mañana siguiente, la famosa semilla había rodado, había caído en suelo sagrado y terminó convirtiéndose en árbol. Dicen los que estuvieron despiertos en aquel momento que un travieso búho imperial que merodeaba la zona tomó la semilla y se la tragó, instantes después la escupió —pues no hacía parte de su dieta—, de tal suerte que la saliva pura

del búho sirvió como agente catalizador para acelerar el crecimiento del árbol, uno totalmente precipitado.

Pero, en realidad, las razones detrás de este repentino acontecimiento eran hueras para toda la tribu Ümmik, pues esta sorpresa de la naturaleza recibida al amanecer, ya había causado serios inconvenientes, no solo a quienes habitaban la virgen biosfera groenlandesa, sino a la biosfera en sí. El árbol se estaba extendiendo a un ritmo descontrolado, del orden de cientos de metros cuadrados cada minuto. Donde antes había témpanos de hielo y aire fresco que se desprendía de ellos, ahora solo corrían estepicursores por la árida arena de un desierto desamparado por la lluvia. El clima también se abría paso en el espectáculo del fin, desplegando sofocantes oleadas de calor, imposibilitando una normal respiración a unos cuerpos hasta hace poco ignorantes de lo que era arder vivo.

—Pongo de manifiesto nuestras escasas probabilidades de sobrevivir en este hostil entorno —dijo Magma a su tribu con la imperturbabilidad que caracteriza a un líder de su clase.

—Es evidente, el ambiente ha mutado —confirmó Fellain al constatar el invivible estado en el que se encontraba la zona que antes era su hogar.

Las condiciones actuales del lugar no posibilitarían la vida humana en ese amarillo yermo por más de 30 minutos, haciendo que se finiquitara el dominio de los Ümmik en su nativa Groenlandia, no sin antes ser atacados por una tormenta de arena que cegaría los ojos de cualquiera que aún siguiera en pie.

Es así como una semilla que prometía unir a una tribu con el arraigo de sus raíces y que se consagraba a ofrecer buenos

frutos cuando sus ramas y tronco habían madurado terminó siendo el motivo de destrucción de lo existente. Se le juzgó muy temprano cuando aún era una minúscula semilla; ahora, sus frutos esterilizaron la tierra negándole la oportunidad a otras plantas de renacer en el suelo. El ecosistema mutó, por única y última vez, pues la dichosa semilla destinó al mundo a ser un lugar carente de nueva vida, imperturbable e inmutable a pesar del transcurrir del tiempo.

Categoría 2
Conspiraciones y ciencia

Primer puesto

Conspirando en el tiempo

Laura Caycedo Garcés

En el pueblo de Ministru, en el año 1713, el doctor Berns está planeando su próxima invención. Siempre ha querido aprovechar las condiciones meteorológicas y sacar provecho de la gran cantidad de rayos que caen diariamente en la región. Todos los habitantes del pueblo se preguntan por qué llueve tanto y caen rayos sin parar, día y noche. Pero nadie encuentra una respuesta que sea lógica. Claro que, haciendo memoria, todo empezó desde que el doctor Berns compró el castillo e instaló allí su laboratorio.

El doctor Berns tiene muchos ayudantes en su laboratorio y lo obedecen sin protestar. Los habitantes del pueblo compran todos sus inventos, también sin protestar. Parecen hipnotizados. Todos piensan que él es un genio, su salvador, pues con sus múltiples inventos los ha protegido de ese montón de rayos que caen sin parar y de esa lluvia tan exagerada que no les permitía llevar una vida normal: un tenedor gigante absorberrayos, una escoba absorbente que sirve para secar el piso, un repelelluvia, la tragapolvo y el conservacomida que funcionaba con la energía de los rayos.

Pero lo que todo el pueblo ignora es que Berns es un total fraude y que está muy lejos de ser un científico real. Había robado el diploma de un científico real, lo cual explicaba que en este dijera David Sims, pero a nadie le importaba ver el tachón y distinguir ese nombre bajo las letras del nombre de Berns. Lo único que veían era al doctor promocionando sus inventos cada vez más caros y que eran, en algunos casos, iguales a los objetos que los pueblerinos tenían ya en sus casas: pararrayos, trapeadora, sombrilla, aspiradora y nevera, pero no les importaba porque estos tenían nombres diferentes y por eso debían de ser más efectivos.

El laboratorio de Berns estaba lleno de ayudantes y ellos eran los verdaderos genios. Les hizo crear un sistema productor de rayos y un aparato para modificar el clima con solo hundir un botón. Por eso los rayos constantes y la lluvia imparable. Y también les hizo crear una máquina para viajar en el tiempo. El único invento de Berns era un aparato que se ponía en su sombrero y podía controlar la voluntad de las personas. Así podía dominar todo según sus deseos y viajar en el tiempo para ver qué inventos había en las diferentes épocas. Si no encontraba nada nuevo, pues simplemente le cambiaba el nombre y listo. Para eso estaba su sombrero controlavoluntad.

Un día Berns llegó al laboratorio con un nuevo ayudante que se veía muy raro. Con este extraño sujeto, Berns no había usado el aparato para controlar la voluntad, pues ese día había olvidado ponérselo al sombrero. El ayudante extraño estaba desempleado y creyó que tendría una buena oportunidad al trabajar con un científico. Podría aprender de él y por eso viajó con el científico en el tiempo, desde 1920 a 1713. Cuando llegó a Ministru notó muchas cosas raras: los

objetos tenían otros nombres, todas las personas obedecían a Berns sin cuestionarlo, todos le compraban sus productos, a pesar de los precios tan altos que había que pagar por ellos. Todas las personas parecían hipnotizadas. Así que el ayudante extraño decidió investigar más.

Al caer la noche, se acercó a uno de los muchos ayudantes y le dijo que los sacaría de allí y este le respondió: "Escaparse es incorrecto, obedecer al científico Berns es bueno". Y siguió trabajando. El ayudante extraño decidió investigar y fue a la habitación de Berns y encontró unos planos y el sombrero controlavoluntad que era la única verdadera invención de Berns. Así que rápidamente este ayudante extraño robó el aparato para modificarlo y revertir su propósito. Ese mismo día quitó el efecto controlavoluntad a todos los ayudantes, y estos, desconcertados y preocupados, le preguntaron al ayudante extraño que dónde estaban. Él les contó la historia completa; enojados gritaron: "todos contra Berns", pero el ayudante les dijo:

—Cálmense. Si vamos a escapar hay que desenmascarar a Berns para que no siga engañando a las personas del pueblo ni secuestrando científicos del futuro.

—¿Estás hablando de conspirar? —dijo uno.

—¡Sí! —contestó el ayudante extraño.

Así que se reunieron y armaron un plan. Al día siguiente pusieron en marcha. Hacían mal el trabajo, armaban mal los aparatos, la gente los compraba y cuando veían que no funcionaban, se enojaban con Berns y perdían la confianza en él, lo que inmediatamente los volvía inmunes a su sombrero con aparato controlavoluntad.

Al verse acorralado, Berns se encerró en su castillo, y los ayudantes, que ya no estaban bajo su control y habían construido un rayo interdimensional, lo activaron y mandaron el castillo a Alfa Centauri. Los ayudantes viajaron en el tiempo hasta sus respectivas épocas y generación tras generación han estado conspirando para que la ciencia sea usada con justicia en favor de la humanidad.

Segundo puesto

Cualquier gato es un universo

María Paz Portilla

Mi gato es un extraterrestre, lo sé. Empecé a sospechar hace unos meses, cuando le vi salir de la oreja un polvito escarchado como si fuera brillantina plateada. Me acerqué aterrada por lo que vi, me acerqué más, traje la lupa, agaché la cabeza y lo descubrí: era un pequeño universo.

"Mi mamá va creer que estoy frita, mejor no digo nada", pensé. Comencé a investigar. Un día me quedé mirándolo por tanto tiempo que me ardieron los ojos. Mi gato siempre dormía todo el día y en las noches salía a vagabundear, pero como si hubiera notado que yo estaba sospechando comenzó a comportarse distinto: me traía la bola de lana, la tiraba a mis pies, me traía regalos: lagartijas, saltamontes y polillas.

Pasó el tiempo. Yo olvidé la investigación y él dejó de traer regalos. Pero un día, después de ducharme, salía yo del baño y de pronto escuché a lo lejos que ronroneaba muy fuerte; era un ronroneo como de un motor. Me asusté. Cuando lo vi, quedé inmóvil. Me froté los ojos y pensé: "Me estoy enloqueciendo ahora sí que sí". Volví a mirar y de la oreja de mi gato salía una navecita diminuta. Era una navecita del tamaño de una abeja; un abenave, una naveja, una locura. La seguí. La nave recorrió toda la casa, era tan pequeña que

nadie la veía. Pasó cerca de mi mamá que cocinaba los frijoles, pasó cerca de mi papá que avistaba los colibrís, pasó al lado de mi hermana que comía galletas, pasó al lado de todos y ¡nadie la vio!

—¿Qué haces, María Paz? —preguntó mi mamá—. Por qué te metes detrás de esa cortina. Sal de ahí.

—Mami, por favor, estoy investigando algo importante.

Mientras giraba la cabeza para responderle a mi mamá, la nave desapareció.

—¡Noooo! —grité.

Esa noche diseñé un plan de vigilancia nocturna. Pero duró poco. A la semana siguiente ya estaba tan cansada que me dormía esperando que me sirvieran el desayuno.

—Pollis, estarás enferma —me decía mi papá mientras me miraba preocupado.

—Estoy bien —respondí fingiendo una sonrisita.

Mientras hablaba con mi papá, vi que la navecita sobrevoló la cabeza calva de mi papá y aterrizó ahí. Mi papá seguía comiéndose su arepa con queso como si nada, yo miraba el suceso con la boca abierta.

De pronto un hombrecito se bajó de la nave. Era tan chiquitico como un piojo. Un piojalien, un alienjo, una locura. Se quedó mirándome desde la esférica y brillante pista de la cabeza de mi papá, y me ondeó la mano, como saludándome. “Ahora sí me chiflé, debo de estar loca como la tía Adela”, pensé. Me asusté tanto que casi riego mi café. Ese hombrecito me veía, sabía que lo espiaba. De un momento

a otro, el alienpiojo hizo aparecer una cartica, un poco más grande que él, y la dejó sobre la cabeza de mi papá. Luego se subió a la nave y se fue. “¡Me dejó una carta!”, pensé. Tenía que coger la carta sin que papá lo notara.

—Papá, tienes algo en la cabeza, quédate quieto.

Lo logré. Cogí la carta sin que mi papá se diera cuenta. Salí corriendo a mi cuarto, busqué la lupa y leí:

> *Hola humana inteligente. Sabemos que nos espías. Te voy a contar toda la verdad. La verdad es que dentro de cualquier gato hay un universo. Tu gato no es un gato, es una nave. Es más, casi todos los gatos lo son, por eso duermen todo el día quietos, casi inmóviles, porque son naves estacionadas. Y en las noches salen a comunicarse con otros universos.*
>
> *Hicimos nuestras naves pensando en que los humanos las quisieran mucho, que fueran esponjosas, tiernas y que mandaran en las casas y hogares del mundo, y… lo logramos.*
>
> *Y te preguntarás para qué estamos aquí. Bueno, estudiamos a los humanos, enviamos información a otros universos y esperamos tomarnos la Tierra en 30 años. Hay un último secreto que te revelaré: tu universo está situado en un gato negro gigantesco con un ojo amarillo color sol y otro ojo blanco color luna. Debes de estar sorprendida, lo sé, porque… ¿quién creería que cualquier gato es un universo?*

Categoría 3

Ilustración o historia gráfica
sobre la fauna y flora del Valle de Aburrá

Primer puesto

El abue jardinero y su florecita

Dulce María Rico López

EL ABUE JARDINERO Y SU FLORECITA.
Mi Abue ¡CHEPITO! Y YO ¡SU FLORECITA!
GUAU GRAU TACHI
GUGU... GAGA...
HELICOPTERO.
¡EL ABUE Y SU FLORECITA POR SIEMPRE!
Siempre estaré contigo nos vemos en nuestro arbolito.
ABUEEE... ¿Qué te Pasa?
Mariposa Morpho
TACHI
¡WOW!
Me lo dijo mi abue...
Professe llaman. como mi Ciudad.

Dulce María Rico López

Categoría 3

Ilustración o historia gráfica
sobre la fauna y flora del Valle de Aburrá

Segundo puesto

Dibujo Libre

Juan Pablo Tabares Acevedo

Juan Pablo Tabares Acevedo

Comité organizador:
Pregrado en Literatura, Universidad EAFIT
Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas
Universidad de los niños EAFIT

Corrección de estilo:
Centro de Lectura y Escritura - CELEE,
Universidad EAFIT
Pregrado en Literatura, Universidad EAFIT
Septiembre de 2021 Edición #4
Medellín, Colombia

UNIVERSIDAD EAFIT®

Universidad de los niños EAFIT
Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas
Pregrado en Literatura, Departamento de Humanidades

Más información

www.eafit.edu.co | Teléfono 261 95 00 | uninos@eafit.edu.co

@eafit @eafit ueafit @universidadeafit